



El Hombre y la Máquina

ISSN: 0121-0777

maquina@uao.edu.co

Universidad Autónoma de Occidente
Colombia

VALENCIA ORTIZ, IDA VIVIANA

La figura de la muerte en la memoria literaria colombiana

El Hombre y la Máquina, núm. 20-21, julio-diciembre, 2003, pp. 112-119

Universidad Autónoma de Occidente

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=47812406015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La figura de la muerte en la memoria literaria colombiana

IDA VIVIANA VALENCIA ORTIZ*

Es la procesión de los infelices, cuyo camino parte de la miseria y llega a la muerte¹

La furia y el dolor. Ignacio Gómez Jaramillo. Arte y Violencia en Colombia desde 1948

* Licenciada en Literatura. Estudios de Maestría en Literatura Colombiana y Latinoamericana. Universidad del Valle.

1. Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Editorial Círculo de Lectores. Bogotá. Pág. 227

Resumen

Pensar la identidad de una nación a partir de su literatura nos permite acceder a diversos elementos que, a través de la ficción, se erigen como figuras simbólicas que revelan características importantes para interpretar las causas y los efectos de las dinámicas culturales que hacen historia y tejen identidad en un país. En Colombia tal identidad está emparentada íntimamente con la muerte, figura simbólica que cobra vida en algunas de las más importantes novelas nacionales y nos admite reconfigurar el pasado para explicarnos el presente.

Abstract

Thinking about the identity of a nation based on its literature provides us with access to various elements, which, through fiction, are erected as symbolic figures that reveal important characteristics for the interpretation of the causes and effects of the cultural dynamics that make history and weave the identity of a nation. In Colombia, this identity is intimately related to death, a symbolic figure that comes alive in some of the most transcendental national novels and allows us to reconfigure the past in order to explain the present.

Ficciones para reflexionar

Reconstruir una sociedad en medio de la guerra, por ella y después de ella cuando en realidad nunca se han tenido bases ideológicas propias para hallar asidero filosófico, para reflexionar acerca de la realidad que se vive, sin tener desde antes o desde siempre una homogeneidad ideológica que permita luchar por una causa o mantener con honor cierta nacionalidad, sin negar la sangre, sin cambiarse el color del cabello, sin añadirse al partido u opción política dueño del poder en determinado turno de la historia, del presente... implica acercarse a lo que ya no está, a lo que fue, a lo que ha muerto en cuerpo y en memoria. Escudriñar entonces en las líneas de la ficción, donde es posible construir un mundo al antojo de quien crea la narración, la novela, donde la sociedad funciona con las reglas que el autor impone desde su relación con el mundo real, tal vez para satisfacer sus deseos de poder, tal vez para evocar un mundo diferente y explorar los posibles pasados, los posibles futuros en los que la situación sea diferente de la real, de la que cuenta la historia o de la que se vislumbra reflexionando los panoramas cerrados de sociedades caóticas como la colombiana (entre muchas otras). Interesante precisamente en esa diferencia que está matizada por la percepción de una conciencia ávida de expresarse y romper el silencio cómplice que sepulta al país, a la memoria.

En este caso la literatura nacional nos proporciona una amplia gama de ficciones que abren la puerta para entrar a reflexionar sobre nuestro país, sobre su historia, sobre nosotros mismos en la cotidianidad que hemos heredado tras generaciones turbulentas, envueltas en las batallas bipartidistas que desde

siempre se han inmiscuido en las relaciones familiares, logrando que muchos hogares colombianos definan su presente y su futuro por razones que en realidad les son ajenas y/o desconocidas.

Una tradición de muerte

Tal vez el problema de Colombia —como el de muchos otros países latinoamericanos— está anclado en los principios de la “civilización”,² cuando se les ocurrió a los europeos venir a saquear a los países del Tercer Mundo para acrecentar sus fortunas y poder continuar con sus matrimonios acaudalados, con su expansión “santa”, que traía a estas tierras violencia, enfermedad y muerte, aliados de la destrucción, la venganza. Desde allí el paisaje de nuestro país cambió, pues se inició la carrera por delimitar fronteras, por nombrar parcelas a conveniencia de los conquistadores, de los reyes y luego de los criollos. El paisaje dejó a un lado esa característica paradisiaca y acogió de lleno el infierno. Despojados los nativos de su lenguaje, se acabó también el pensamiento, se desdibujó el objeto del conocimiento y la realidad perdió nitidez, pues con la imposición de una “civilización” fue necesario nombrarla de nuevo, alejándose de ella.

Desde este aspecto resulta interesante seguir el rastro de la muerte en esta sociedad, que llega a todo momento con violencia, con civilización y progreso, con migraciones culturales, con influencias que cada vez se pueden enumerar menos pues con el paso de los días y la velocidad “WWW”(World Wide Web) en el cambio de formas de ser, de actitudes, de gustos, de preferencias religiosas y demás... los individuos de la sociedad colombiana se han ido convirtiendo en híbridos cada vez más extraños y camaleones,

2. Acojo el concepto de civilización desde la propuesta que hace Cristina Rojas en su libro *Civilización y violencia: La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá, Editorial Norma, 2000.

inaprensibles en su metamorfosear continuo.

Afortunadamente la literatura logra mostrarnos diferentes puntos de vista de la historia, diferentes maneras de nombrar la realidad inmiscuida en nuevos mundos, en sus narraciones que permiten a los lectores y lectoras acercarse a la historia con otros ojos, recomprender su pasado y de esta manera iniciar la comprensión de su contemporaneidad. Leer y ver el país en algunas novelas consideradas como *las mejores* de la literatura colombiana, la mayoría escritas en el siglo XIX o que hacen referencia a él, es acercarse a esa etapa de la historia colombiana en la que adherida en un afán copista a la sociedad europea, se inició una carrera por ser “como” el Primer Mundo, por ser modernos, sin cumplir, sin vivir el proceso que vivieron allá, lo cual generó un desorden mayor en la conformación del país, pues aun después de tantos años no se tenía claro un colectivo ideológico que permitiera establecer una forma de gobierno, de economía y de pensamiento propia, pues cada quién sentado en su trono quería alcanzar el poder y mantenerlo sólo para su beneficio personal y/o de su grupo, con ansias monopolizantes, pues influenciados por la forma de vida europea querían volver al país a la fuerza una nación moderna, a costa de las guerras civiles que van desde la de los Supremos (1839-1842) hasta la de los Mil Días (1899-1902).

Reflexionar entonces sobre la historia de Colombia y por lo tanto sobre nuestro presente a partir de la ficción de las novelas “reconocidas canónicamente” nos abre diferentes caminos interpretativos, pues al leer desde *María* (1867) hasta *El general en su laberinto* (1989), es posible reconstruir cierta visión de lo que ha sido esta nación caótica y civilizada alrededor de la muerte como principal figura simbólica del

De la serie *América Latina. La violencia en Colombia 1998*; Umberto Giangrandi. Ate y Violencia en Colombia desde 1948

país, de su sociedad, de su historia, de su literatura, pues años tras años ésta ha estado mutándose, metaforizándose en las diferentes narraciones de acuerdo con la propuesta estética de los autores. Veamos entonces cómo aparece esta figura de la muerte en las diferentes novelas,³ retomadas a partir de su fecha de escritura.

En el caso de *María* de Jorge Isaacs, nos encontramos con que, tras la historia de amor, están una serie de leyes patriarcales que impiden que se realice un matrimonio por voluntad de los amantes reprimidos, pues es indispensable que las uniones estén ordenadas por el patriarca a su conveniencia; por lo tanto María con su “enfermedad hereditaria” no significaba una buena opción para Efraín, ya que su matrimonio implicaría hijos enfermos, una estirpe débil para luchar en las guerras que se desataban en ese entonces y en las que se veían venir. Es allí cuando aparece la muerte como opción, pues la joven al no tener otro camino cómo salirse de este yugo que le impedía hacer su voluntad, decide dejarse morir y destruir la unión familiar representada por la vida en la hacienda paterna, donde tenían su lugar de privilegio sobre los campesinos y los esclavos de la región. Abandonan la hacienda, abandonan el poder y la muerte triunfa. Es posible leer la muerte vivida también en la historia inserta de Nay y Sinar que nos da cuenta de la violencia que implicó para la cultura africana el negocio de esclavos; en esta narración percibimos y escuchamos los gritos de agonía y dolor de las madres al tener que asesinar a sus hijos para no sufrir los martirios de la esclavitud, percibimos la memoria de los esclavos cargada de imágenes de muerte, de deseo de venganza, de desolación, de desesperanza. Asistimos a una forma violenta, palpable, de la muerte de una cultura que nos

da indicios de lo que se va a desatar años más tarde en la literatura.

De sobremesa, escrita en 1896 por José Asunción Silva, nos permite configurar al tipo de individuo escindido que presa de las migraciones culturales finiseculares, representadas en la moda del vestido, el arte, las ideologías y las formas de vida, hace conciencia de su condición caótica, de su anomia: de la incapacidad del sistema para satisfacer sus necesidades. Y que después de mucho trasegar por el mundo del placer, en una búsqueda constante de sí mismo y de la “mujer ideal”, se topa con la muerte de Helena que representa esta vez el vacío del hombre seudo moderno del Tercer Mundo que en su afán copista, por ser “como” los europeos, enfoca su vida hacia la búsqueda de algo, o de alguien, en este caso, inexistente, imposible. Con la historia de José Fernández es posi-

Sin freno galopando sobre los cráneos de los muertos. 1978; Augusto Rendón. Arte y Violencia en Colombia desde 1948

3. Las novelas son: *María*, *De sobremesa*; *Pax*, *La vorágine*; *La otra raya del tigre*; *El amor en los tiempos del cólera*; *Changó*, *el Gran Putas*, y *El general en su laberinto*.

El segundo jinete, 1976; Augusto Rendón. Arte y Violencia en Colombia desde 1948

ble reconfigurar la metáfora de la muerte de los ideales de una nueva generación, de la esperanza de ser parte activa de la nación y de la identidad nacional, en tanto que se evidencia mucho más la falta de afirmación propia a través y en elementos simbólicos nacionales, pues como siempre se pretendía reconocer la nación en simbolismos extranjeros.

En el caso de *Pax* (1907), plumas de Marroquín y Rivas Groot, nos encontramos con una visión de la élite política y económica del país que nos deja ver cómo se maneja el negocio de la guerra y *el holocausto causado por ideologías en conflicto y ambiciones personales*. La figura de la muerte es determinante aquí, ya que el deceso de miles de soldados, la podredumbre del cuerpo y el ambiente apocalíptico implican el triunfo monetario de los ricos nacientes, que hallaron en el negocio de las armas su manera de hacer fortuna, aunado al conflicto generado por las obras de canalización del río Magdalena, que en la ficción desata la guerra de los Mil Días. En estos términos, la novela nos abre las puertas de la percepción, para reflexionar sobre la his-

toria del país y sobre nuestra contemporaneidad, la cual, envuelta en el conflicto armado, no está muy lejos de lo descrito en *Pax*, pues nos encontramos en una Colombia donde la mano extranjera hace lo que quiere, se apropia de las tierras para violentarlas con obras, leyes y demás negocios turbios que supuestamente significan “progreso”, pero que a la postre nos dejan sólo estadísticas de muertos en “combate”, de muertos que en últimas no lucharon por una convicción ideológica, por la construcción de una soberanía popular, sino por designios de alto rango que les persuadieron, los engañaron con discursos de patriotismo, aprovechándose de la poca educación que tienen los soldados partícipes del conflicto en el campo de batalla.

Con el paso del siglo aparecen novelas que vuelcan la propuesta estética que la novela colombiana había hecho hasta ahora. Es el caso de *La vorágine* (1924), considerada por muchos críticos como la novela nacional de mayor calidad, ya que cambia la visión del paisaje paradisiaco y exótico propuesta desde las Crónicas de Indias, por la visión del paisaje infernal, deletéreo, que evidencia la corrupción del humano, su decadente sed de poder colonizador y los efectos nefastos que implica para la construcción de identidad en el país, ya que se relegan, se desconocen y se matan las raíces de la cultura nacional, esclavizando indígenas y selva para satisfacer intereses personales. Es importante de igual manera, cómo desde el narrador-personaje Arturo Cova se construye la dualidad del ser humano que puede ser víctima y victimario a la vez, según el medio o la situación vivida, evidenciando también aquella doble moral cristiana del país que hace de los individuos seres débiles que, por su fe ciega e ingenua, son cómplices de los tiranos de su propio pueblo

(léase la historia de Clemente Silva). Esta inquietante novela está impregnada totalmente por la muerte: de la cordura, de la conciencia, de la solidaridad, de la armonía, del drama... y construye a su vez aliados apocalípticos como la conciencia descentrada de la alucinación, el triunfo de la selva como paisaje infernal, el regodeo en lo escatológico, el viajero infernal, la tragedia epopéyica y casi mitológica..., todos estos abriendo paso a la reflexión sobre una búsqueda de identidad nacional, la cual desde entonces ya aparecía perdida en la marginación de la conciencia individual y presa, sumisa, a la colonización capitalista extranjera.

La figura de la muerte construida en esta novela plantea la otra cara de la moneda, pues si bien antes se habían escrito novelas en torno a la guerra, a la muerte, *La vorágine* presenta una visión totalmente lograda en estrategias literarias que asumen la relación historia-ficción como una búsqueda constante para impactar a los lectores, para lograr al máximo la tragedia, de tal manera que ésta trascienda la anécdota y se involucre de lleno con la realidad.

La otra raya del tigre, de Pedro Gómez Valderrama (1976), nos permite reflexionar acerca de la muerte a través de la figura del viajero colono, quien llega a tierras “no civilizadas” para desplazar a los indios de sus tierras y tomar posesión de ellas. En este proceso de colonización se nos evidencia la muerte vivida en el imaginario del colono, quien en nombre de la “civilización” extiende su dominio en Santander, construyendo comercio y viviendas a su antojo, obligando la huida de los indios, matando la tradición de una cultura, matando la cultura misma con la imposición de una nueva. Es posible mirar de nue-

Le incendiaron el rancho, de la serie *Recuerdos de la violencia*, 1950; Pedro Nel Gómez. Arte y Violencia en Colombia desde 1948

vo la historia nacional con otros ojos, los de la conciencia tal vez, para interpretar nuestra multiculturalidad desde los procesos colonizadores que se han llevado a cabo en el país, en los cuales muchas veces se ha contado con la autorización implícita del gobierno y de los mismos nativos, que han dejado (olvidado) el concepto de soberanía popular permitiendo que cualquier extranjero forme su pequeña patria en nuestro “paradisíaco” país. Es significativo el que en esta novela se plantee una tradición oral desde el imaginario alemán: del colonizador, y no desde los nativos de la región, lo cual nos remite a reflexionar sobre la identidad nacional que poco a poco ha ido muriendo, desdibujándose entre “progreso” a manos extranjeras y desplazamiento de las raíces que permitirían construir identidad a partir de una tradición oral propia. Además es evidente que en esta novela aparece la figura de la muerte desde su relación con las guerras civiles que connotan esa tradición mortuoria con la cual nos hemos ido familiarizando con el paso de los años, a fuerza de imaginar los

cadáveres pudriéndose en las calles, en los campos y ahora a fuerza —o gusto— de verlos a diario en los periódicos sensacionalistas dando su mejor ángulo, y una que otra vez frente a frente en cualquier callejón de la ciudad.

En 1983 se publica *Changó, el Gran Putas*, una novela escrita por Manuel Zapata Olivella, muy significativa para la literatura nacional, ya que es una novela transgresora que reinterpreta la historia del mestizaje desde el punto de vista de los Ekobios,⁴ que habla de la identidad latinoamericana desde la periferia, que se presenta como una novela total pues recoge la historia de cinco siglos (aprox.) para contar la epopeya del pueblo africano desde sus culturas antiguas hasta los movimientos negros del siglo xx.

La figura de la muerte aparece aquí desde dos ejes interesantes para la interpretación: de un lado, nos encontramos de nuevo con la historia de la “civilización”: violencia con los individuos y las culturas, que nos abre nuevamente el camino para reflexionar sobre nuestra

4. Término escogido por Zapata Olivella para referirse a los habitantes del África traídos a América, que significa cofrade.

Sin título, 1991; Luis Caballero. Arte y Violencia en Colombia desde 1948

identidad, sabiendo, a partir de la historia de la esclavitud, que Colombia es un país multicultural, con muchos y diversos elementos de migraciones culturales, que han implicado la desaparición de culturas raíz, que han muerto en nombre de la civilización, y que por lo tanto han implicado el deceso de miles de individuos que de una u otra manera no soportaron esa imposición violenta de la mano extranjera. De otro lado, la muerte aparece en *Changó* como una aliada, si se tienen en cuenta la influencia y el papel que juegan los ancestros para la cultura africana, los cuales siempre acompañan a los Ekobios y participan de los actos de mayor relevancia para el pueblo, ya sea en el nacimiento de un vengador o de un héroe, llámese Benkos Biojó o José Prudencio Padilla. Esta visión de la muerte nos permite cuestionar la imagen tabú que se tiene de ella en el imaginario occidental específica-

mente, impuesto por la Iglesia, donde se ha pretendido dejar a un lado otras concepciones míticas por considerarlas “profanas” y de esta manera limitar nuestro imaginario a una sola visión “sagrada” que responde a los principios cristianos. Interpretar entonces cómo, si Colombia es un país multicultural, dónde está realmente la variedad, si aun los negros desconocen sus orígenes, su cultura antigua y su manera de percibir la vida, la muerte... y entierran a sus muertos por rituales católicos–cristianos. ¿Dónde está entonces lo “multi” si aún la Iglesia domina el país?

En 1985 aparece *El amor en los tiempos del cólera*, del Nobel colombiano, para plantearnos una metáfora de la muerte vivida, cotidiana y popular, que nos permite acercarnos a las dualidades opuestas de la realidad colombiana en donde se vive el amor en medio de la enfer-

medad, de la peste, de la muerte, de la guerra, dando matices de pasión desmedida por unas y otras, pues en el diario vivir es donde se construye realmente el imaginario de las cosas, en este caso de la muerte, que se instala en la memoria de los individuos a través y por medio del silencio, del miedo, de la impotencia, del pesimismo. Así Florentino vive con la idea de la muerte del doctor Juvenal como la opción perfecta y única para realizar su vida al lado de la mujer amada, pues efectivamente es este hecho el que da paso a la realización del amor frustrado durante años, cuando ya Fermina y Florentino están viejos, más cerca de la muerte que de la vida, pero donde paradójicamente se sienten más vivos que nunca pues se liberan de las presiones del tiempo y de la vida cotidiana para entregarse al olvido en un viaje por el río, que los acoge para vivir sus últimos días tranquilos con la bandera de apestados. De nuevo la muerte es opción de vida pues muertos socialmente, con la peste, es como pueden estar tranquilos, sin preocupaciones, para amarse en medio de la enfermedad y de la muerte. Pensar entonces la presencia de la muerte en nuestra multicultural, no sólo desde las guerras y de la civilización, sino también desde la cotidianidad donde muchas veces la existencia de ésta da paso a nuevas vidas. Son de dominio popular las historias de mujeres que mandan matar a sus esposos ancianos para quedarse con la herencia y su joven amante, las reconocidas historias de los sicarios que viven de matar por encargo, que si bien no refieren directamente a la ficción de la novela de García Márquez, sí están involucrando la muerte como opción de vida en un imaginario popular.

Una obra que acoge el tema de la muerte de manera tal vez más representativa para la historia del país (y de Latinoamérica) es *El general*

en su laberinto (1989), de Gabo, ya que retoma a un personaje “heroico”, de gran significado y lo ficcionaliza para construir la metáfora de la muerte en torno a la desesperanza, el fracaso, el exilio y de nuevo la entrega al río como ocurre en *El amor en los tiempos del cólera*, que permite narrar la muerte vivida paso a paso en el cuerpo, la conciencia, los ideales, la cultura y en sí el imaginario... la absorción total de toda una tradición y una historia por la figura fría, oscura y descabellada, el legado de la guerra: destrucción y muerte como destino, camino y rumbo del prócer y de toda su campaña libertadora que terminó siendo subyugada por el régimen de Morillo. Muere la esperanza, que no estará nunca. A partir de la figura de la muerte en esta obra reflexionamos sobre la desolación en la que quedaron sumidas miles de familias que por tener vínculos con “rebeldes” perdieron toda pensión y capacidad de sustento. Lo socioeconómico está allí, siempre ha estado, pero reluce la memoria de quienes viven esta muerte, dejando una tradición y unas historias que narra-

rán sólo miseria y esperanza perdida. Fuera cuentos de hadas, fuera fantasmas imaginarios, la realidad se convierte en el peor espectro que llenará las generaciones venideras de ansias de venganza, odio, de memorias que sólo recuerdan dolor y para calmarlo desean sangre del enemigo. El problema aumenta cuando en el trasegar del crecimiento de las ciudades los individuos pierden roles específicos y ya no se puede estar seguro de quién es amigo y quién no.

Variedad de propuestas estéticas y de maneras sobre cómo encarar la figura de la muerte encontramos en este pequeño corpus, que se aúnan en trascender la historia, pues al leerlas quedo impactada viviendo de forma intensa la muerte, el drama, la tragedia que involucra de lleno la conciencia de pertenecer al país donde nacieron estas obras, estos autores... se asiste a la posibilidad de mirar el país desde arriba para saber qué pasa en él. Recordando el aforismo de Nietzsche, como lectora me subo a la montaña literaria y observo la ciudad desde lejos para interpretar la desde mi percepción, desde

la reconfiguración que hago de la historia ficcional y de la real, ya que indudablemente las enciclopedias pasan a un segundo plano para enaltecer la elaboración literaria que me permite acercarme a mi multiculturalidad con otros ojos.

Invasada por la desesperanza Colombia aparece ante mí como un país de retazos, donde ondea la muerte a cada instante, donde la gente vive muriendo en medio de una tradición violenta, de política y pseudo ideologías ambiguas, duales, que se iniciaron con la Conquista y vienen metamorfoseándose siglo tras siglo, tras la máscara del progreso, de la civilización, a la sombra del Primer Mundo que no para de bombardear culturalmente este país tan rico en bosques–paraísos, que han sido descritos por algunas de las plumas más sensibles: Isaacs, Rivera, García Márquez, tan rico en desapegos y pertenencias efímeras, tan cercano ideológicamente a la técnica *davinciana* del *sfumato*, donde no hay límites precisos, donde todo es una apariencia dada por la mezcla “perfecta” de tonalidades, de colores.